

Aquella unión no pudo ser más desgraciada: los dos príncipes tenía cualidades brillantísimas, pero la desigualdad de sus caracteres les hacía antipáticos, y bien pronto desapareció hasta la esperanza de una reconciliación.

Del pensamiento de la joven reina no podía borrarle la imagen de Napoleón, á pesar de contar mucha más edad que su esposo, y muchas menos gracias en su persona.

La maternidad pudo consolar algún tanto á Hortensia: su hijo vino á alegrar su tristeza, y en él concentró toda la ternura de su corazón. Napoleón la escribió asegurándola que pensaba nombrar á su primogénito heredero del trono, y exhortándola á dominar la antipatía que profesaba al rey su esposo, y que siendo ya harto visible, era también causa de general murmuración, echándole á ella toda la culpa de la desunión.

Hortensia contestó friamente á esta carta: estaba violentamente indignada contra el Emperador por haberla dado á su hermano, y desde que conoció á éste hubiera perdonado más bien á Napoleón el que la hubiera casado con el último de los caballeros de su corte.

Josefina empezó á sentir de nuevo todas las amarguras del dolor, al pensar en la desgraciada suerte de su hija: sabía que estaba rodeada de aduladores y de personas que aspiraban no sólo á su amor, sino á sus más leves preferencias, y sufría

cruelmente al pensar que la pobre joven, con el corazón vacío, no podría menos de llenarle con otro amor.

Pero la muerte, al arrebatar al hijo de Hortensia, vino á arrebatarle su único consuelo, y á hacer aún más amargos sus pesares.

Toda idea, como todo deseo de galantería, se borró del alma de la joven reina de Holanda, que no viendo en la tierra después de su inmensa desgracia más que á su madre, corrió á buscar en sus brazos el consuelo de que tanto necesitaba, y salió de la Haya, dejando á su marido más irritado que nunca contra ella, y más deseoso de llevar á cabo una formal separación.

XIX.

La tempestad estalló al fin sobre la cabeza de Josefina.

Un día resonó en todos los ángulos de París un rumor sordo, pero formidable: este rumor decía:

—El Emperador se divorcia de su esposa.

Aquel rumor llegó á oídos de la Emperatriz, y aunque le pareció absurdo, palideció, llevó las manos al corazón, y pensó en Teresa.

Fué á la habitación de su marido, segura de que se reiría con ella de lo que se decía; pero Napo-

león inclinó los ojos á tierra y respondió á su mujer:

—¡Es verdad!

Josefina se levantó pálida, rígida, helada, herida de muerte en el corazón: quiso hablar, pero una palidez cadavérica invadió su rostro, y cayó desplomada al suelo.

Napoleón la levantó, la colocó en un sillón, y luego llamó á sus damas, huyendo él de la cámara como un reo de la vista de su juez.

En efecto, Napoleón, después de la memorable batalla de Austerlitz, que puso en sus manos la suerte de toda la Europa; después de trastornar los imperios dando y quitando tronos, y colocando en ellos á su familia y á sus generales, coronándose él mismo rey de toda Italia, no se contentó con esto, é invadiendo la Prusia, la conquistó en la memorable batalla de Jena, y publicó en Berlín su famoso *sistema continental*, con el que se proponía rendir á Inglaterra, cerrándole todos los puertos de Europa.

Faltábale sólo conquistar la España, y creyó lograrlo cometiendo la odiosa traición que le abrió las puertas de la Península; pero aquí es donde debía formarse la negra nube que oscureció para siempre el sol de su fortuna.

Josefina se opuso á la guerra de España diciéndole que era *injusta é impolítica*, y Napoleón oyó disgustado este dictamen, que era tan contrario á sus opiniones y deseos.

Cinco años empleó el Emperador en procurarse la conquista de nuestra hermosa y heroica patria, y en usurpar los Estados Pontificios, arrebatando al Papa de Roma, y conduciéndole prisionero á Francia; pero las derrotas sufridas en España, y la necesidad de imponer la paz á los austriacos, á los que había derrotado en Wagram, le hizo pensar seriamente en la alianza de una casa soberana, y decidió pedir la mano de archiduquesa María Luisa, hija del Emperador, repudiando antes á Josefina.

Después del día fatal en que Napoleón reveló á su esposa su nuevo y desgraciado destino, Josefina no volvió á salir de sus habitaciones, esperando allí el cumplimiento de su desgracia.

Hortensia se hallaba ya á su lado: y Eugenio, no bien recibió una carta de su hermana noticiándole la desgracia reservada á su madre, voló á París, para consolarla y acompañarla en los días de aflicción.

Una mañana Josefina recibió un billete de su marido, que decía así:

«Deseo, mi amada Josefina, que asistáis al *Te-Deum* que se canta mañana, aniversario de mi coronación, de la batalla de Austerlitz, y en celebridad del tratado de Viena: olvidad que, á consecuencia de este tratado, tengo que separarme de vos, y estad á mi lado durante la ceremonia.

Soy avaro del bien que voy á perder, y quiero

que también asistáis al baile que nos da el Ayuntamiento de París. — *Napoleón.*»

Aquella fría crueldad exasperó á Eugenio y á Hortensia: el príncipe sobre todo, dejó ver su semblante iluminado por las llamas de la cólera y exclamó:

—¡Esto es infame!

—¡Paciencia!—murmuró dulcemente Josefina:—paciencia, hijo mío, y apuremos el cáliz que el cielo nos envía: no olvidemos que á Napoleón debemos nuestro engrandecimiento.

El baile fué magnífico, y la sala donde se hallaba el trono estaba adornada con la mayor suntuosidad: Josefina llegó antes que su marido, é iba vestida con más esplendor que nunca: su fisonomía, siempre tan dulce y tan risueña, tenía aquella noche una sublime expresión de resignación: pasó por el salón principal seguida de sus dos hijos, saludó á todas las personas que se agrupaban á su paso, y fué lentamente á sentarse en aquel trono que ocupaba por la última vez: al subir las gradas sintió que iba á desmayarse y se apoyó en el brazo de madame de La Rochefoucauld, su dama de honor.

—¡No tengo fuerzas para llegar hasta allí! murmuró con voz apagada.

—¡Animo, madre mía!—dijo á su oído la voz de Eugenio:—¡valor! ¡Todas las miradas se hallan fijas en tí!

—¡Ah, cuánto pesa una corona! exclamó de nuevo la Emperatriz.

Y haciendo un heroico esfuerzo, se sentó, y tuvo ánimo bastante para dirigir una sonrisa en derredor suyo.

Oyóse entonces el ruido de las músicas y de los tambores, que anunciaba la llegada de Napoleón, y este entró seguido de una brillante comitiva, y rodeado de seis reyes: eran estos los soberanos de España, de Holanda, de Vestfalia, de Nápoles, de Baviera y de Wurtemberg, todos hechuras suyas.

Inmediatamente se sentó al lado de Josefina, en el otro sillón del trono, y la corte de reyes se situó á sus pies, dando principio el baile.

Napoleón, que quería parecer amable y agradecido á la fiesta que la ciudad de París le daba, se levantó muy pronto para dar *su vuelta* como él decía, pero antes de bajar del trono se inclinó hacia Josefina, y le dijo en voz baja:

—Mi querida Josefina, acompañadme.

La Emperatriz obedeció, y Napoleón le dió la mano para descender. Monsieur de Tallián, que como camarero mayor se hallaba detrás del Emperador, se apresuró á seguirle; pero tropezó en la cola del manto de la Emperatriz, y faltó poco para que la hiciese caer: Josefina se volvió; pero aquel venal cortesano fué á reunirse con su amo, sin dar, á la que aun era su soberana, la más leve excusa: Josefina se detuvo y se sonrió con una digni-

dad notable, mirando al príncipe de Benevento, título que llevaba el que insultaba su desgracia: y al mismo tiempo, un raudal de lágrimas asomó á sus ojos.

Al llegar al extremo de la galería principal, los regios esposos se separaron. Napoleón se dirigió por la izquierda y la Emperatriz por la derecha: á este lado se inclinaban para verla todos los concurrentes, porque todos la adoraban, y hasta las damas de la corte, donde reina siempre la emulación y la malevolencia, la aclamaban como buena é indulgente.

Aquel paseo oficial produjo una honda impresión en la multitud: sabían todos que era la última vez que Josefina se presentaba en público, y de muchos ojos corrían lágrimas de verdadero y profundo sentimiento.

La Emperatriz volvió á sus habitaciones encerrándose en ellas con sus dos hijos, y sin ir á ninguna parte: el proceso prescrito por los cánones de la Iglesia para el divorcio se había entablado, y seguía rápida y seguramente su curso: Napoleón desataba, con toda la precipitación posible, el lazo que le unía á su noble y tierna esposa: ésta se resignaba: sus hijos doblaban como ella la cabeza ante aquella férrea voluntad; pero la desesperación de los tres era tal, que no tenían fuerzas, ni valor, ni sentimientos, más que para llorar su desgracia.

Eugenio veía perdidas todas sus esperanzas de

futura grandeza. Napoleón había asegurado muchas veces, que aquel hijo adoptivo á quien tanto amaba, era á quien pensaba legar su corona y su poder; pero menos sentía el príncipe la ruina de su glorioso porvenir que la desgracia de su madre, y la *razón política* que se había colocado entre él y Napoleón, le hería mucho menos por él mismo que por Josefina.

La demanda de divorcio fué entablada por la esterilidad de Josefina, en su unión con el Emperador, y la necesidad de un nuevo enlace para dar un heredero al trono: y cumplidas las formalidades religiosas cuya estricta observancia exigía el Papa, se comunicó la sentencia á palacio por conducto del oficial mayor del arzobispado de París.

El casamiento quedó disuelto, y Napoleón condenado á pagar para los pobres una contribución *de seis francos*: la Iglesia alzó esta condena, porque el Emperador, sometándose á aquel juicio de pura fórmula, envió aquel mismo día á las autoridades civiles de París ciento veinte mil francos para que los distribuyesen entre los más necesitados.

—Como emperador—dijo—debo pagar más caro que los otros.

Este hecho prueba la sumisión de Napoleón á las leyes del Imperio en todos los actos de su vida privada.

El príncipe Eugenio, que tanto amaba á su madre, tuvo el doloroso deber de llenar las funciones de canciller del Senado, y él fué el que llevó el mensaje en el cual Napoleón explicaba *el solo motivo* que le obligaba á separarse de su esposa.

—Las lágrimas del Emperador, añadió el noble joven, bastarían por sí solas á la gloria de mi madre.

XX.

Llegó el 16 de Diciembre de 1809, día fatal y aun más temido de Napoleón que de Josefina.

Toda la familia imperial, así como todos los altos funcionarios públicos, se hallaban reunidos en el palacio de las Tullerías, y en la galería de Diana, que se hallaba dispuesta al efecto.

Napoleón se sentó en el sillón que le habían puesto al lado del canciller mayor: nunca había estado tan pálido: quedóse inmóvil, cruzó los brazos sobre el pecho, y clavó la vista en la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

De súbito se abrieron las dos hojas, aparecieron dos pajes que se colocaron á uno y á otro lado de la puerta, y un hujier anunció:

—¡S. M. la emperatriz!

Era la última vez que se anunciaba así á Josefina.

Reinó un profundo silencio, y todas las miradas se dirigieron á un mismo punto.

El Emperador se levantó al ver aparecer á la que tanto había amado, á la que iba á dejar de ser su esposa.

Vestía un traje de muselina blanca: sus cabellos, sin adorno alguno y sencillamente trenzados, se hallaban sujetos con un peine de concha, que había reemplazado para siempre á la corona imperial: ninguna joya había en su atavío, y solamente llevaba unos zarcillos pequeños, en los que se veían engarzadas dos perlas.

Rodeaba su cuello una cadena de oro muy delgada, y de ella pendía un medallón de forma cuadrada que encerraba el retrato de Napoleón cuando era solamente general en jefe del ejército de Italia.

La Emperatriz se adelantó lentamente, apoyada en el brazo de su hija, la reina de Holanda: ésta se hallaba más pálida que su madre. Eugenio, de pie al lado del Emperador, fué acometido de un temblor tan violento, que Napoleón le tomó una mano, se la estrechó, y le dijo con voz alterada por una emoción profunda:

—¡Ánimo, Eugenio, ánimo.

—Lo tendré, señor—respondió el príncipe con amargura.

Entretanto Josefina había ido á sentarse delante de una mesa cubierta con un tapete de terciopelo.

lo encarnado colocado á la izquierda de Cambazeres, que era el canciller mayor: Napoleón hizo con la mano una señal para que se sentaran los concurrentes: y seguidamente el procurador imperial leyó en alta voz el acta de separación, que fué escuchada con un religioso silencio.

Una expresión de pena y ansiedad se hallaba escrita en los semblantes de todos los concurrentes. Josefina sola permanecía tranquila al parecer; pero de cuando en cuando algunas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, hacían traición á su dolor.

Hortensia, apoyada en el respaldo del sillón de su madre, lloraba con el rostro entre las manos.

Concluída la lectura del acta, Josefina se puso de pie, y pronunció con voz firme las palabras de adhesión que de antemano se habían formulado: en seguida tomó la pluma que en actitud de profundo respeto le presentaba Cambazeres, y firmó el acta, que el procurador imperial extendió delante de ella.

En seguida cubrió sus ojos con el pañuelo, y volviendo á apoyarse en el brazo de su hija, salió sin decir una sola palabra ni mirar á nadie.

A una señal del Emperador, Eugenio había corrido hacia su madre; pero menos valeroso que ésta, le faltaron las fuerzas, y cayó desmayado entre las dos puertas de la galería.

Después de aquella escena de familia, tan triste

y tan llena de majestad, la corte acompañó con gran ceremonia al Emperador á una de sus habitaciones, en la que permaneció todo el día pensativo y silencioso.

Oprimido por las emociones de aquel día cruel, Napoleón se acostó temprano: los ayudas de cámara se ocupaban en arreglar aquella habitación, y el ayudante de campo había entrado á recibir la orden.

De repente se abrió la puerta, y una figura blanca apareció.

Era Josefina: traía el cabello suelto: sus facciones estaban contraídas, y se leía en ellas una especie de delirio.

Napoleón, aterrado, se incorporó en el lecho y los concurrentes se retiraron al fondo de la estancia.

Josefina se adelantó con paso vacilante: se arrojó delante del lecho, y sin proferir una palabra estrechó á Napoleón en sus brazos, llorando de un modo desgarrador.

El Emperador la habló con ternura, la prodigó mil caricias y lloró con ella.

—Josefina, mi amada Josefina—le dijo—no culpes á mi corazón de lo que ha sucedido, pues es todo tuyo: culpa sólo á la inflexible razón de Estado: yo te amo, y tu recuerdo no se apartará jamás de mí: tranquilízate y deja que obre la razón: sabes bien que jamás me olvidaré de ti; que siempre seré tu amigo.

Josefina no podía responder más que con lágrimas, y la emoción de los dos fué tal, que ambos enmudecieron: de repente el Emperador se apercibió de que había gente en la estancia: incorporóse fieramente, y exclamó:

—¿Qué hacéis aquí, señores? ¿No puedo estar con libertad en mi cuarto? ¡Salid al momento!

Todos se retiraron sin atreverse á murmurar una sola palabra: un cuarto de hora después salió la Emperatriz de la habitación de Napoleón con el aire más abatido y desesperado que al entrar.

Al día siguiente por la mañana, Josefina dejó las Tullerías para volverse á su bello retiro de la Malmaison: diez años había ocupado el trono de Francia.

A las once salió apoyada en el brazo de madame Deuberg, una de sus damas de honor, pero un espeso velo cubría su semblante, é iba envuelta en un gran chal, que la disfrazaba completamente.

Atravesó rápidamente el espacio que la separaba de su coche y subió á él: se echaron las cortinas, y el carruaje partió con la rapidez del relámpago; más al subir, al lado del estribo vió una fatídica figura de mujer.

Josefina lanzó un grito de angustia.

Era Teresa.

—¡Ya estoy vengada!—le dijo ésta al oído con voz oscura y fatigosa:—¡ya te llegó la hora del dolor, y yo ahora puedo morir en paz!

Otro coche siguió de cerca al de Josefina: en él iban Hortensia y Eugenio, que no querían abandonar un instante en su dolor á aquella madre que había sido para ellos un modelo de ternura, de amor y de abnegación.

Josefina, reclinada en el fondo de su coche, permaneció inmóvil hasta llegar á la dorada y elegante verja que cerraba la Malmaison.

XXI.

Durante la primera semana, el camino de Paris á aquel primoroso asilo, se vió constantemente cubierto de gentes que miraban como un deber sagrado el presentarse al menos una vez á aquella que, aunque privada de la corona, conservaba á lo menos el título de emperatriz. Josefina, pasado el primer ímpetu de su dolor, recibía afectuosamente aquellos testimonios de simpatía, y animaba su pequeña corte con el encanto indecible de su trato.

Josefina, á pesar de residir en su palacio de la Malmaison, pasaba algunas temporadas en el palacio de Navarra, en Normandía.

Napoleón le conservó el título de emperatriz, y le aseguró dos millones de francos de pensión, dándole además la propiedad de algunas posesiones.